

si en vez de censurarme y de contenerme, si en vez de dudar, me dijese un día: hijo mío, si tienes ese consuelo, ve, pienso contigo, combate por tu santo ideal, la bendición de tu madre te sigue, caería de rodillas delante de ti y de la cruz que llevas al cuello, y sería bueno como un ángel y fuerte como un héroe!

LA MADRE (*llevándose el pañuelo á los ojos*).—No digas más, hijo mío... vete y déjame pensar.



¡TRABAJADORES, Á LAS URNAS!

Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de Turín, con motivo de las elecciones municipales de 1894, tomada taquigráficamente.

VUESTROS compañeros de Comité electoral, que me invitaron á dirigiros la palabra, me sugirieron el asunto del discurso:—Excitar á los empleados de ferrocarril, especialmente á los obreros, á tomar parte en la elección, demostrándoles que deben tener interés en mandar al Concejo municipal representantes de la clase obrera á que pertenecen.

La cosa me pareció superflua. ¿Cómo —pensé,—hay todavía obreros que no estén persuadidos de esta verdad, de la cual están convencidos en el fondo del alma hasta muchos de aquellos que estimarían una imprudencia proclamarla? Y de repente se

presentó á mi imaginación que el primero y más eficaz medio de sacudir á los indiferentes y convencer á los hostiles habría sido referirles aquello que me dicen diariamente los que combaten nuestras ideas por utopistas, de progreso, de redención, de la misión política y económica de las clases obreras.

Estas ideas, me dicen, están en vosotros, los burgueses extraviados y alucinados; y no en vuestros adulados trabajadores; ó no están mas que una infima minoría de ellos á los que habéis contagiado con vuestra enfermedad cerebral. ¿Cómo podéis hablar seriamente de sus aspiraciones y sus propósitos, cuando no hay cinco de diez que puedan coordinar una idea, cuando la mayor parte no se preocupa en manera alguna de las luchas á las cuales la llamáis con tanta insistencia, cuando no han dado todavía ninguna formal manifestación de solidaridad, de armonía, de unidad de propósitos, cuando han probado, antes por el contrario, de mil maneras que la clase obrera como entidad colectiva no existe aún? Decís que las clases directoras, que la burguesía, es débil porque está herida por la división de los partidos, dañada por mil

contrastes de intereses distintos, diversificada en diez credos diferentes; y que por esto no opondrá larga resistencia al movimiento progresivo de las clases inferiores. ¡Pero están éstas más divididas y más débiles! Nosotros, ante un peligro en nuestro interés común, nos uniremos en un solo haz, y ya lo comprendéis vosotros y lo anunciáis de antemano. Ellos, los obreros, no se unen, en cambio, en su interés común. ¿Qué nos importa que sean el número, si no estando de acuerdo, ni siendo activos, no pueden ser la fuerza, sin la cual no prevalece el derecho para nada ni nunca? ¿Qué nos importa que las papeletas electorales puedan ser, como dicen, el instrumento de su emancipación, si ellos no se sirven de esa arma ó la emplean en contra de ellos mismos y la ponen al servicio de cualquiera que se la reclama? No estando unidos en el ejercicio de los medios legales y pacíficos, no lo estarán jamás tampoco, ni lo podrán estar nunca, en el uso de los medios violentos y de fuerza. Nosotros podemos, por consiguiente, descansar tranquilos y repetir cien veces á quien nos hable de un ejército de obreros, que ese ejército no existe y que no hay sino cabos y patrullas dispersas, y

que la gran muchedumbre se ríe de vuestra conquista de los poderes, y que vosotros soñáis despiertos!

*
* *

Así se razona.

A vosotros toca desmentir con los hechos estas aseveraciones. Yo procuraré persuadiros para desmentirlo. No tendré necesidad de hablaros como socialista. El interés que tienen los obreros para organizarse, para concertarse, mandando á la Administración municipal y al Parlamento compañeros suyos, existe, según mi entender, hasta fuera de la razón del socialismo. No hay necesidad de creer posible ó inevitable en el porvenir una determinada reorganización social para comprender aquel interés. Basta desear la mejora de vuestra condición, como todos la deseamos; basta creerla realizable, como todos la creéis; basta comprender que así como ninguna mejora importante en el estado de las clases inferiores puede sobrevenir sin sacrificio grave de las clases dominantes, y sobre sacrificios espontáneos, siendo como es la naturaleza humana es ilógico creer posible su realización, así esas mejoras necesitan

ser conquistadas; ninguna conquista se logra por una clase social sin lucha, y en ninguna lucha se vence sin la fuerza, y la fuerza no se consigue sin la unanimidad del pensamiento de la clase correspondiente. Ahora bien: este acuerdo es posible, es razonable, se debe realizar hasta en los trabajadores que no tengan una misma idea y un mismo sentimiento con respecto al socialismo. ¿No se debe quizás, antes de llegar á esto, pasar por una serie de reformas y de conquistas menores, que todos quieran igualmente? Á vosotros os toca argumentar. ¡Mas, qué os digo esto á vosotros, cuando muchos burgueses están persuadidos de esta misma verdad!

Hay muchos hostiles al socialismo y que lo creen irrealizable; pero que también, siendo honrados, lo ven con ojos favorables y apresuran con el buen deseo el movimiento de organización de las clases trabajadoras, aunque sea bajo la bandera socialista, como el único medio que queda para llegar á reformas radicales en beneficio de todos, sin las cuales creen también ellos inevitables grandes trastornos, funestos para la sociedad. Y hacen el siguiente razonamiento, que no carece de lógica: «O

tienen razón los socialistas, los cuales afirman, no ya que quieren rehacer el mundo bajo un diseño de su fantasía, sino que solicitan sólo una transformación á la cual la sociedad es conducida irresistiblemente por la fuerza misma de las leyes vitales que la rigen;—y si esto es verdad, si la transformación es inevitable, no sólo es inútil oponerse á ella, sino que es lógico secundar el movimiento. O es verdad lo contrario, ó sea: que esta transformación no es necesaria, y la sociedad no tiende hacia ella, antes bien la repugna y rechazará;—y entonces esa transformación no vendrá por el solo hecho de que los socialistas la quieran, porque se opondrá á ello una fuerza invencible, contra la cual todos los conatos socialistas se estrellarán, lo mismo que si se tratara de una ley natural; y en este segundo caso, no hay nada que temer, y se debe secundar igualmente un movimiento, el cual, sin llegar á la meta que se propone, y de la cual nosotros huimos previsores, producirá, sin embargo, beneficios grandísimos que no es posible conseguir por otro camino».

¿Queréis vosotros ser menos atrevidos que estos prudentes conservadores?

*
* *

Vengamos ahora al fondo del asunto.

¿No os parece una anomalía singularísima que en los Ayuntamientos de ciudades de cientos de miles de habitantes, donde se ventilan intereses de todas las clases sociales, todas ellas tengan personal representación excepto la más numerosa, que es la que necesita también mayor tutela? Yo creo que la cosa parecerá un día tan extraña, que se buscará la causa, con la misma curiosidad con que se busca aquellos de los más singulares fenómenos sociales de los tiempos pasados.

Yo me imaginó á un extranjero semibárbaro, pero de mucho ingenio, llovido aquí desde un país en que no haya idea del régimen representativo. Lo coloco con el pensamiento en uno de esos consejos municipales, y me parece oírle decir: «¿Pero cómo es esto? Hé aquí una Asamblea en que se habla á cada instante de los intereses del trabajo y de los trabajadores, en la cual uno acusa á otro á cada paso, de no ser verdadero intérprete de los sentimientos de aquellos y de sus aspiraciones, y sin embargo, no hay uno solo que sea obrero, ni uno solo que pueda decir con verdad: *nuestros* sentimientos, *nuestras* aspiraciones, *nuestras*

necesidades, son éstas ó aquéllas.» Después de haberse hecho explicar este extranjero el por qué, á la persona que tuviese más cerca, y de qué manera se forma esta Asamblea, diría *mi semibárbaro* á su *cicerone*: «Comprendido, aquí no hay obreros, porque los obreros no son electores.» —No, señor, si lo son, le responderían, y disponen de miles de votos. —Entonces, respondería, son electores, pero no son elegibles. —Sí, señor, también son elegibles, como todos los demás electores lo son. —Comprendido, volvería á decir el extranjero, son elegibles, pero ellos no eligen á ninguno de los suyos porque no hay nadie entre sus filas que sepa hablar ni escribir. —Tampoco, se engaña usted: hay muchos que hablan admirablemente de sus propios intereses en sus reuniones profesionales ó de partido, y hay muchos también que saben manejar la pluma magistralmente, tanto, que si se fundase un diario como el de *El Buen Sentido*, fundado en París el año 1848, abierto á todos los trabajadores, se harían en él descubrimientos literarios curiosísimos. —Ahora sí que he comprendido, añadiría el extranjero; no eligen á ninguno de su propia clase porque ven sus propios intereses tan perfec-

tamente patrocinados por los representantes de las clases burguesas, que estiman inútil tener representantes obreros y se dan por ampliamente satisfechos. —Pues tampoco, no señor, no están satisfechos, se quejan, dicen que tienen que hacer valer sus razones, claman sobre que hay injusticias que es preciso corregir, exponen reformas que hay que proponer y cosas que es preciso realizar, —y entonces... entonces *mi semi-bárbaro* acabaría por no comprender una palabra.

*
* *

Me detengo un instante en la última suposición de este extranjero imaginario, porque expresa quizá el pensamiento de algunos de vosotros; me detengo para decir que ningún representante burgués, por sincero que sea y por muy eficaz defensor que pueda ser de la clase obrera, jamás en ninguna Asamblea puede tener nadie la eficacia particular de uno de vosotros en la defensa de los intereses obreros, porque uno de vosotros representa no sólo, con su propia persona, vuestras aspiraciones y puede hablar de las necesidades que siente él mismo y de los sacrificios que cumple y que ha

llevado á cabo, sino que protegerá los intereses del trabajo que hace y del cual vive. Está en relación íntima, fraternal y continua ese obrero con sus representados, no hallándose ligado á los representantes de intereses diferentes ú opuestos por mil sutilísimos vínculos que no es posible romper, de amistad antigua, de identidad de costumbres, de ideas comunes en otros campos y horizontes; no se halla embarazado por el hecho de haber profesado en otras épocas opiniones distintas de las que hoy mantiene ó de haber sido por éstas antes indiferente; no será sospechoso de falta de sinceridad... porque estamos todavía en estos momentos en tal situación, que parece ilógico y extraño que uno se apasione y combata por intereses, aunque sean sacrosantos, pero que no se hallan estrechamente ligados á uno mismo ó contrarios á los de la propia clase; y por tanto, la idea última que despierta en los que escuchan á un defensor de vuestra clase que no pertenece á ella, no es que pueda ser un hombre generoso, sino que levantará en su auditorio y en la mente de sus adversarios la sospecha de que es un impostor.

*
* *

Cierto que me doy cuenta de las dudas que asaltan á muchos de vosotros con este motivo: dudas que no se ocurren á los obreros de los municipios rurales. En ellos el trabajador ve participar en la Administración pública á personas de su misma clase, de cultura no superior á la suya y que tratan de los pequeños intereses comunales con la sencillez y con el lenguaje que ellos mismos emplean; les parece por consiguiente natural y no puede parecerles inútil enviar al Ayuntamiento, para Concejales, á uno de los suyos.

*
* *

La cosa es distinta, como comprendéis, en las grandes ciudades. Habitados por la tradición á ver sentarse en los escaños del Concejo municipal á ciudadanos de una sola clase, al ver representado en ellos, con amplia representación, á la ciencia, al ingenio, á la experiencia de los negocios, á la riqueza, y las discusiones levantadas con frecuencia por encima del nivel de su círculo de conocimientos y de ideas, los obreros han acabado por considerar aquella representación casi como un privilegio señorial, y no pueden comprender cómo un compa-

fiero suyo podría tomar parte allí con utilidad, no llegando á figurarse en aquel sitio á un obrero sino como un tráfuga de su propio partido, para poder influir en el Ayuntamiento, ó como un inepto; pero estáis en un error. El obrero no considera que su compañero iría al Municipio á representar un orden de ideas suyas propias de intereses, de las cuales tiene experiencias y conocimientos prácticos, de cuestiones en las que posee un criterio preciso; no piensa que en toda discusión tiene un gran valor también una sola idea precisa que podrá siempre ser expuesta con nitidez, aunque la forma de la palabra sea ruda; que aquello que en muchas discusiones le parecen superiores á su inteligencia y á su cultura, no es más que hojarasca académica ó curialesca, arrojada sobre la vacuidad de los argumentos; que el buen sentido está en todas partes y que es en todo asunto la primera fuerza y que una gran parte del charlatanismo deplorable á que se abandonan con frecuencia las más ilustradas asambleas se origina precisamente de no haber en ellas suficiente número de oradores ingenuos y sencillos á quienes falta el arte de agrandar las sutilezas, intrincar y

confundir todas cuantas cuestiones se presentan, en vez de atenerse estrictamente al fondo de los asuntos, como suele hacer el hombre inculto, siempre que está poseído y persuadido de una idea.

*
*
*

Por otra parte, conviene que los trabajadores se convenzan de que su clase no se levantará jamás hasta tanto que un gran número de ellos haya pasado por aquella insustituible é incomparable escuela de la administración pública y de las administraciones privadas; y entiendo por administraciones privadas, la de sus respectivas sociedades y corporaciones. En esta escuela se formó la mayor parte de aquellos cuarenta y cuatro Diputados del Parlamento alemán: mecánicos, zapateros, carpinteros, doradores, obreros de todas clases y de todos oficios, en muchos de los cuales reconocen aun sus mismos adversarios y á veces hasta con palabras de admiración, cultura variada, habilidad parlamentaria y en la discusión concerniente á las ideas y á los intereses de su propio partido, extraordinaria elocuencia. En esta escuela se formó aquel benemérito Anseele flamen-

co, fundador de aquel admirable conjunto de Cooperativas de consumo y de producción, el *Vooruit*, ejemplo el más afortunado de la organización socialista que se haya realizado hasta el día. En esta escuela se educó Luis Bertrand, obrero marmolista en quien parece encarnado el genio organizador de su raza, que de un extremo al otro de su país fundó Sociedades cooperativas, Casas del pueblo, Círculos de estudios sociales y que, unido á Volders, constituye el alma del partido obrero belga, respetado y admirado hasta de los más apasionados enemigos y detractores de su obra. Y en la misma escuela crecieron todos aquellos obreros de su nación, los cuales, en el último Congreso internacional de Bruselas, dieron pruebas de tal sentido práctico, de tanta claridad de ideas, de tan amplio conocimiento de muchas cuestiones sociales y económicas, que si los hubiesen oído ciertos hombres de orden de una gran ciudad italiana, reunidos el invierno último en Asamblea para proveer á los negocios propios, hubieran deplorado hasta más amargamente, de cuanto hicieron los funestos efectos de la instrucción popular.

* *

Comprendo otra dificultad que se opone en muchos trabajadores á la concordia en la lucha electoral, y os la indico sin sombra de intención de dirigiros una censura. La dificultad reside en vuestro defecto... ¿Vuestro? No, es de todos los hombres y que se deja sentir en todas las clases, pero es natural y excusable que se sienta en la vuestra, acaso más fuertemente que en los restantes.

En la clase que tiene más fundadas razones para quejarse de las injustas desigualdades sociales, se comprende cómo ha de ser también más viva la resistencia para conferir á los propios iguales una forma cualquiera de superioridad: como se desconfía más fácilmente de compañeros que aspiran á levantarse y hasta de aquellos que se elevan á pesar suyo: como surge la sospecha de que quien sale de sus propias filas puede abusar de la autoridad y de la fortuna; pero es también una tendencia á la cual conviene resistir á toda costa. Ya lo dijo un valiente trabajador francés á sus camaradas con palabras esculpidas, que yo quiero repetir, no sólo porque pueden referirse á vosotros sus censuras, sino también para mostrar que el mal existe en todos los países.

—«Cierto es —dijo— que la obra es lar-

ga y penosa y erizada de dificultades; pero si nosotros no llegamos á unirnos en un espíritu de amplia y fuerte solidaridad; si pasamos el tiempo hiriéndonos los unos á los otros, parodiando á la burguesía en sus disputas vanas; si nos divertimos en jugar á las capillas, las iglesias y las camarillas; si no matamos en nosotros mismos aquel deplorable sentido de celos por los cuales no podemos soportar en nuestras filas ninguna superioridad intelectual; si no nos elegimos jefes mas que para obligarlos á obedecer nuestra voluble voluntad ó capricho, y no para seguir la dirección que ellos nos marcan y para escuchar sus consejos; si, en una palabra, no conseguimos gobernarnos á nosotros mismos, no conseguiremos jamás lograr nada en nuestro propósito».

Y sin duda es la virtud opuesta á este defecto la que constituye la principal fuerza de aquel gran partido obrero de Alemania, en el cual la adhesión hacia los jefes es más profunda que en todos los demás partidos del Imperio, llegando á veces hasta el exceso, hasta una ciega sumisión.

Pero es porque allí se comprende bien lo que en todas partes se debería comprender, á saber: que si es posible imaginar una

sociedad en la cual todas las desigualdades económicas y sociales estén suprimidas, si se quiere, hasta en forma absoluta, no es posible imaginar una en que estén también suprimidas las influencias de la superioridad, de la inteligencia y del carácter, y que se censure como una falta la ambición, tomada en el buen sentido de la palabra; porque querer quitar á las facultades y á las obras excepcionales de los hombres (fuera de toda compensación excepcional económica) hasta las satisfacciones de una ambición legítima, es querer esterilizar, paralizar la naturaleza humana. ¡Y si los que tienen celos supiesen cuán pobre y mezquina cosa significa las satisfacciones de la ambición personal; con cuántas secretas mortificaciones de amor propio se rebaja; por cuántas amarguras se perturba, singularmente en los que son lanzados hacia adelante á combatir entre una clase social que no es la suya.... en vez de envidiar esos que sienten el roedor de los celos, á los compañeros que sobresalen y se colocan á la cabeza ó en primera línea, no harían otra cosa, estoy seguro, que animarlos y confortarlos con cariño de hermanos!

Veamos el ejemplo que nos ofrecen otros países, Francia, en primer término; Francia, donde se acusaba al partido obrero de ser «un fangal de los grupos disidentes», incapaz, de diez años á esta parte, de haber dado un solo paso.

Antes de las últimas elecciones no existían más que dos Ayuntamientos socialistas. (Y siento no disponer de tiempo para señalar las muchas reformas atrevidas y benéficas llevadas á cabo por uno de ellos, que hasta provocó el aplauso por su sabia administración, del mismo Prefecto del Sena.) Y bien: en las elecciones de 1892, el partido obrero socialista, de acuerdo con el programa del Congreso nacional de Lyon, presentó candidaturas propias en más de 80 Municipios. En el primer escrutinio obtuvo más de 100.000 sufragios, logrando el triunfo de 450 de sus candidatos. En Marsella salieron victoriosos todos los presentados por el partido, con una mayoría de 6.000 votos sobre sus adversarios. En otros 16 Concejos municipales ocupó todos los puestos el partido, con grandes mayorías asimismo. En los empates triunfaron 200 candidatos obreros más, con el concurso de 50.000 votos depositados en las

urnas, además de los de la primera elección. En resumen: 26 Ayuntamientos ganados por completo, y otros muchos á los cuales el partido obrero llevó su representación, aunque luchando con nefandas coaliciones; y así y todo, las minorías conseguidas fueron anuncio de futuras victorias. Y cuenta que no sólo ocurrió lo que acabo de indicar en las ciudades fabriles ó industriales, sino hasta en la región más conservadora de Francia, en el corazón de la vieja Bretaña; allí fué elegida una municipalidad entera socialista, ¡por una mayoría de 700 votantes! No hay para qué decir que se pusieron en juego contra el partido socialista todo género de malas artes, amenazas y demás, y donde no se venció en el primer escrutinio, se coligaron, como queda dicho, todos los partidos contrarios, en contubernios, á veces repugnantes, para la segunda elección. Por todo lo cual, no parece aventurado predecir que en las elecciones municipales del año 1896 vendrá á las manos del partido socialista la administración local de gran número de los Concejos municipales de Francia. Ya van apareciendo los síntomas que lo anuncian claramente hasta en las poblaciones rurales; graves síntomas,

que perciben é inquietan á los conservadores franceses, clamando contra la revolución del *fin del mundo*. ¡Claro está que este *fin del mundo* lo que quiere decir es el fin de la gobernación y administración de ellos, de los conservadores!

*
* •

En Alemania, la organización general del partido está reforzada por gran número de circunscripciones de las llamadas *Sociedades electorales*, que son como los focos del socialismo municipal, y que convocan en plazos determinados asambleas populares, siempre numerosísimas, en las que todas las cuestiones locales relacionadas con los intereses de los trabajadores, se discuten ampliamente. Las Sociedades toman parte muy activa en las elecciones de los Concejos comunales. Si no obtuvieron hasta el presente grandes resultados, se debe exclusivamente á la restricción del sufragio. No existe Municipio importante en el que, en el invierno último, no hayan dichas sociedades propuesto medidas varias, encaminadas á proveer con subsidios eficaces á los Ayuntamientos ó al Estado para las

más urgentes miserias, trabajando valerosamente por la adopción de un programa práctico de reformas dirigidas á la supresión de la holganza y hasta á la reorganización de las escuelas, desde la abolición de los impuestos indirectos hasta la adjudicación á los Concejos de todos los servicios públicos desempeñados ahora por los particulares. El día que consigan la ampliación del sufragio, sus victorias no se harán esperar.

Y no puede parecer aventurado presagio para quien conozca el ardor con el cual toman parte en las elecciones en aquel país, no solamente los operarios, sino también sus mismas familias en masa; ¡con qué infatigable actividad las mujeres, casi las mujeres exclusivamente, cumplen el trabajo de distribución de las candidaturas ó de los manifiestos, constituyéndose en Comité electoral para excitar á las compañeras á concurrir á la labor de ellas, y recorren los barrios extremos los días de escrutinio, despertando á los indolentes, y aun llevando á rastras para votar á los recalitrantes! Porque ellas comprenden mejor, si cabe, que los hombres qué significa y qué vale el voto: un pobre pedazo de papel

que turba el sueño de los dominadores, como si en él fuese escrita su sentencia! ¡Y que no se puede suprimir, porque sería peligroso y atrevido; y que no se puede denunciar, porque en él no van escritos otra cosa que nombres; y que no se venden esos pedacillos de papel, porque el portador, antes vendería la camisa que la fe!

*
* *

Dejadme todavía que yo recuerde, para dar valor á todos, las admirables *Uniones de los oficios*, de Inglaterra, que cuentan millones de trabajadores, y que pasaron por tantas luchas, experimentaron tantas adversidades, que, templadas así, son actualmente poderosas, precedidas de esa vanguardia socialista de las *Nuevas uniones*, socialistas también á su vez ellas, ahora, en el fondo, como se demostró en el último Congreso de Belfast y en las recientes elecciones locales; continuamente vigorizadas é impulsadas hacia adelante por las generaciones jóvenes, frescas, lozanas, llenas de fuerza y de esperanzas.

Treinta años ha—como escribió en estos días cierto autorizado Diputado en la

Cámara de los Comunes—el nombre de esas sociedades sonaba como á censura y hasta á injuria; surgía, sin embargo, aunque rara vez, algún hombre osado que en el Parlamento tomaba su defensa; se las atacaba violentamente desde la Tribuna, desde la Prensa, desde el púlpito; en el año de 1867 se decretó su supresión. Y ahora, no sólo han logrado dichas sociedades admirables conquistas en la legislación á su favor y en pro de los beneficios para el trabajo; no sólo se han librado poco á poco de todas las viejas leyes que las contenían y que hasta anulaban su acción, sino que ejercen un maravilloso influjo en los Concejos municipales y provinciales, en los de Instrucción y en todas las Corporaciones locales. Ahora son alabadas por los hombres de Estado y por la prensa de todos matices; los Gobiernos acceden á sus peticiones y adoptan sus consejos, las instituciones de todas clases aceptan sus deliberaciones con respecto á los contratos de los obreros y patronos, con respecto á los salarios, y sus principios se insinúan é infiltran en todas las capas sociales, y su acción conquista al mundo industrial y se ensancha y dilata hasta el Parlamento. Y, notadlo bien: